

Invitación a la Filosofía

Existimos. Este es un hecho incontestable. Es también incontestable que no hemos existido siempre. Estos dos hechos los atestigua con igual evidencia cada individuo de la especie humana, hasta remontarnos al primer eslabón de la cadena. ¿De dónde ha venido el hombre? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuál su destino? ¿Existen seres fuera de nosotros? ¿Pueden ellos afectarnos y de hecho nos afectan? ¿Tenemos medios para conocerlos? ¿Qué relaciones tienen esos seres con nosotros y entre sí? ¿Cuál es su origen? ¿Cuál su naturaleza? ¿Tienden a un fin? (Cfr. Balmes).

Hé aquí una serie de cuestiones que a todo hombre pueden ofrecerse: al hombre de ciudad y al del campo, al rico y al pobre, al ignorante y al sabio, en la edad antigua y, si se quiere, aún más en la febricitante edad presente. «Cuanto más se dilatan los horizontes del mundo sujeto a la observación, dice Eucken, más se da cuenta nuestro espíritu de la falta de una explicación sintética. Se imponen con nuevo vigor los antiguos y eternos problemas».

«En la desnuda arena,
cabe la mar alborotada y sola
por acallar mis dudas y mi pena
así le dije a la encrespada ola:

«Descúbreme el arcano
que guarda los secretos de la Vida:
el enigma que al genio soberano
ofusca, o deja con el alma herida;

«Aclárame el problema
que agita mi razón eternamente:
como una llama arrolladora quema
al pensador la aridecida frente.

.....

«Acálla, antes que muera,
mi sórdida inquietud, ola espumante:
dí: ¿qué es el hombre que tu fallo espera?
¿dó lo mueve su planta vacilante?

«¿En dónde están los nidos
do lo arrullara paternal desvelo?
más allá de los astros encendidos
decid, olas, ¿qué guarda el combo cielo?...»

(Heine, traducido por Valencia)

¿Quién se atreverá a decir que éstas son cuestiones de poca importancia y que no merecen nuestra atención? Si esto no es digno de ocupar al hombre, ¿dónde se hallará algo que lo sea?

No otras son las cuestiones que constituyen el objeto de la *Filosofía*, ciencia que no sin razón ha tomado un nombre tan modesto como significativo: *amor de la sabiduría* (de *φίλος*, amor, y *σοφία*, sabiduría). Cuéntase que Pitágoras (siglo VI, a. C.) fue el primero que dio este nombre a la Filosofía, pues los que antes que él se dedicaron al estudio de las cosas se llamaban *sabios* (*σοφοί*); pero Pitágoras, juzgándose con más exactitud, cambió este título por el modesto de filósofo, *amante de la sabiduría*.

Considerada en sí puede definirse la Filosofía: *ciencia de lo que el hombre puede conocer, adquirida por las causas o razones supremas*.

Ciencia, en primer lugar, no un conjunto cualquiera de nociones desligadas, ni de creencias, ni menos de conjeturas, porque ella, partiendo de principios ciertos, llega por método riguroso a conclusiones ciertas, enlazadas entre sí y convergente todo a un solo designio. *De cuanto el hombre puede conocer*, palabras que señalan el campo vastísimo de la Filosofía, el cual puede reducirse a tres grandes objetos: el mundo, el hombre y Dios. *Adquirida*

por las causas o razones supremas, que es en lo que se diferencia la Filosofía de las demás ciencias, pues, mientras éstas estudian sus respectivos objetos por las causas o razones inmediatas, la Filosofía se eleva a los principios más universales y a las razones supremas, tratando de responder a los últimos por qué que formula la razón.

No es, pues, la Filosofía una ciencia que haya de sentarse al lado de las demás, sino una ciencia general cuyo puesto está encima del de las otras, desde donde domina los objetos de ellas, examina sus conexiones, dictamina en segunda instancia e imparte perfección y unidad a todos los conocimientos. Así puede decirse que el conocimiento vulgar es *el saber no unificado*; las ciencias particulares son *el saber parcialmente unificado*, y la Filosofía aspira a ser *el saber completamente unificado*.

Ha sido varia la extensión que ha tenido la Filosofía en el correr de los tiempos, y pueden señalarse en ella tres etapas principales:

En los comienzos, cuando las diversas ciencias estaban todavía en su infancia y no se distinguían unas de otras por límites precisos, hallábanse incorporadas todas en el campo común de la Filosofía, de suerte que el erudito y el filósofo eran, poco más o menos, una misma cosa. Así pudo decir Cicerón: «A los que buscan la sabiduría se los apellida filósofos..., pues la sabiduría es, según el concepto de los antiguos: *rerum divinarum et humanarum causarumque quibus hae res continentur scientia*; ciencia de las cosas divinas y humanas y de las causas en que esas cosas se contienen».

Pasó la edad antigua, vino la edad media y en ella la Teología Sagrada empezó a tratarse por método verdaderamente científico y dialéctico, y entonces hubieron de quedar específicamente distinguidas, sin romper eso sí las debidas relaciones, la Filosofía y la Teología. «Al oír esta palabra, dice monseñor Cortés Lee, muchos se enco-

gen de hombros pensando que esa es una mera antigüalla... Pero nó, la Teología es el fruto de la palabra de Dios y de la razón humana; es el pensamiento de Dios interpretado por el hombre, que lo ha estudiado con amor, con reverencia y aplicado a él sus más poderosas facultades, sus esfuerzos más generosos... Aun cuando uno no fuera cristiano; no podría menos de admirar un cuerpo de doctrina tan completo y tan sabiamente organizado, ni dejar de extasiarse ante el edificio que sobre la fe ha levantado la razón, contemplando su magnificencia, su elevación, la proporción de sus partes, lo acabado y primoroso de sus detalles y ornamentos. Podrá el hombre desechar los principios de esta ciencia, pero habrá de quedar pasmado ante la sagacidad, penetración y firmeza de razonamiento que demuestran sus cultivadores, y no podrá negar que la Teología católica es el campo en que el ingenio humano ha dado más alta muestra de su capacidad y que ella es la más suntuosa fábrica intelectual que levantaron las manos de los hombres».

Después del Renacimiento, particularmente en los siglos XVII y XVIII, fueron tomando tal desarrollo las ciencias matemáticas, físicas y naturales que, alcanzada su mayor edad, acabaron por separarse también de la Filosofía, para formar un cuerpo de ciencias especial y distinto.

Estos tres grandes períodos, que corresponden a los pasos progresivos de la investigación humana, nos muestran cómo la ciencia, una en su origen, como sabiamente anotó Cicerón, ha ido con el andar de los tiempos multiplicando y ramificando sus dependencias hasta alcanzar el incontable número de *especialidades* que hoy presenta. Pero las ciencias todas se relacionan en un campo central y elevado de principios comunes, no prosperan sino a favor de los servicios de un método, de todo lo cual son deudoras a la antigua y perenne maestra, la Filosofía.

Según que dirijâ su atención al sujeto que conoce o

al objeto que se conoce, la Filosofía se divide en *subjetiva* y *objetiva*. Hablando el lenguaje de algunos modernos, diríamos que la primera estudia *el yo*, y la segunda *el no yo*.

Basta enunciar sus tratados para descubrir cuánta es su excelencia. La Filosofía subjetiva comprende la Lógica, que estudia la teoría del conocimiento, y la Antropología, que analiza las operaciones, las potencias y la naturaleza del hombre. La Filosofía objetiva abraza la Metafísica y la Moral. La Metafísica o bien trata de los primeros principios (Ontología), o del universo (Cosmología), o del Sér necesario y causa primera de todo (Teología natural); en tanto que la Moral contempla las leyes que guían al hombre en la consecución de su fin, la felicidad.

¿Podrá ofrecerse al hombre estudio más noble y de mayor trascendencia? «Con sólo aplicarse al sér, dice un autor contemporáneo (1), trabaja la inteligencia por el bién de la 'ciudad' y del universo. Si no siempre lo comprendemos así, es porque vivimos atascados en los sentidos y no alcanzamos a representarnos una actividad que no consista en producir algo afuera, sino que, siendo de orden superior a la materia, perdure y se complete en sí misma. Con todo, el acto inmanente de conocer, como el de amar que de él depende, es una vida, y la vida en su grado más excelente. Menester es que haya hombres que enderecen todas sus fuerzas intelectuales a la salud de 'la ciudad.' No cometamos la vileza de pagarles con ingratitud. Pero además, es indispensable que no falten hombres que ordenen puramente al sér todas sus fuerzas mentales, sea para contemplarlo según su verdad, sea para exhibirlo en obras, según su belleza. Amemos el ocio de estos hombres, ese ocio es necesario a la 'ciudad'; exijamos que sea respetado por un mundo invadido por la barbarie de lo útil. Poetas o filósofos, artistas o sabios, ellos salvan un depósito sagrado».

(1) Jacques Maritain.